

es la heroína prefigurada en Judit, en Débora, en Ester, en cuantas mujeres varoniles salvaron de la servidumbre ó de la muerte al pueblo de Israel. Y sin necesidad de evocar esas arrogantes figuras, María es la heroína incomparable del Calvario, la corredentora del linaje humano; y, siendo la redención sobreabundante¹, la acción de Jesús y de María no debía limitarse á la libertad espiritual de las almas, sino extenderse también á la liberación de todas las miserias, de que justamente queremos y pedimos vernos libres. Toda redención legítima emana del Calvario: Jesucristo ha tomado sobre sus benditos hombros todo el peso de nuestras miserias, según lo vaticinó Isaías², y lo observó cumplido San Mateo³. De aquí la necesidad de buscar en el monte de la divina inmolación el punto de partida de todo progreso real, de todo bienestar positivo, cuya primera condición tiene que ser el alivio del dolor físico y moral. Y aquí tenéis por qué la redención de cautivos correspondía de derecho á María. Pero, además, estaban de por medio los sagrados intereses de la fe, expuesta en millares de almas á la más ruda prueba, á la prueba del martirio; y María, *la bienaventurada creyente*⁴, la que conoce como nadie el precio de esa fe, riquísimo tesoro por ser la posesión de la verdad, ¿habría podido contemplar el gran combate librado en el fondo de las almas entre la apostasía y la muerte, sin acudir al socorro de la débil fortaleza humana? Debatíanse, en fin, á lo menos hasta cierto punto, los mismos intereses vitales de la Iglesia, amenazada de muerte juntamente con la sociedad cristiana y la civilización europea, por un

¹ Ps. 129, 7.

² Is. 53, 4.

³ Matth. 8, 17.

⁴ Luc. 1, 45.

poder brutal y afortunado que soñaba con sustituir al sagrado Lábaro de Constantino la afrentosa Media luna; y ya sabéis, cristianos, que, en tratándose de la vida y el honor de la Esposa de Cristo, ahí está siempre nuestra invencible heroína pronta á desplegar en batalla sus huestes vencedoras¹. Pero observad, cristianos, un bellissimo rasgo de delicadeza, dijéramos así, por parte de la madre para con la hija. Ella quiere salvarla, pero dejándole al mismo tiempo la gloria de salvarse por esfuerzo propio. María inicia la redención de cautivos, pero la pone en seguida en manos de la Iglesia, á fin de que esta *madre de todos los vivientes* en Cristo², llevándola gloriosamente á cabo, participe en sumo grado del honor de la gigantesca empresa. Y henos aquí, carísimos oyentes, llevados por la naturaleza del asunto á la segunda parte.

II.

9. La Iglesia comprende el delicado designio de María, con ese instinto sobrenatural con que penetra y descubre todo el valor de un noble pensamiento; y, apelando á los recursos de que se halla dotada por su organización esencialmente divina, no vacila en aceptar la parte que le toca en las dificultades y en la gloria. Así el fondo de la obra como los medios de efectuarla se adaptan maravillosamente á su espíritu y carácter. Porque, empezando de lo primero, redimir al infeliz cautivo, socorrer á la pobre humanidad, salvar almas mediante el rescate de los cuerpos, hacer el bien en grande escala y sin interés alguno terrenal, luchar con

¹ Terribilis ut castrorum acies ordinata (Cant. 6, 3).

² Gen. 3, 20.

las armas de la caridad contra el feroz poder de la barbarie... ¿no es éste, por ventura, el glorioso programa de la Iglesia católica, de la verdadera Esposa de Jesucristo? ¿no es esto lo que ella ha venido practicando desde el primer día de su aparición en el mundo? La caridad, esta emanación del Espíritu de Dios, más vasta en sus expansiones que el aire y que la luz ¿no es acaso la base de su constitución? Heredera fiel, indefectiblemente fiel, del espíritu de su divino Fundador, continuación moral de su persona sobre la tierra, la Iglesia será siempre lo que ha sido hasta hoy, redentora de la humanidad, cualesquiera que sean las formas variadísimas de las humanas miserias: redentora de la verdad, cautiva en las prisiones de la ignorancia vulgar y de la ignorancia sabia; redentora del bien moral, aherrado con las cadenas ominosas del vicio; redentora, en fin, de la felicidad común, oprimida con infame ironía por la tiránica ley de pasiones destructoras. Creedme, cristianos, la Iglesia es la madre, la tutora de la desvalida prole de Adán; es la salvaguardia de su honor y hasta de su libertad. Sin ella, los espíritus obcecados que hoy la rechazan con insolente orgullo ó ingrato desdén, cual si deudores no le fueran del ambiente moral en que respiran, caerían también, y demasiado presto, bajo el yugo de ignominiosos errores, y, como necesaria consecuencia, descenderían al fango de la sensualidad y la barbarie. Dígalo si no, la Europa revolucionaria, la que, en frase amarga, pero exacta por desgracia, se ha apellidado *Europa salvaje*. Escrito está por el dedo de Dios: *La verdad os hará libres*¹, y es la Iglesia la sola constituida de-

¹ Io. 8, 32.

positaria de la verdad revelada. Quien osa rechazar su yugo doctrinal, por demasiado duro, no tardará en verse subyugado por la opinión particular, por el capricho sectario, á menos que prefiera naufragar en el diluvio universal de insensato y desesperante escepticismo.

10. Los medios con que debía realizarse la redención de los cautivos no podían ser más conformes con el genio nativo de la Iglesia. El principal de todos, el centro á que todos confluían, era la fundación de un nuevo Instituto religioso, cuyos miembros, además del cuidado preferente de la propia santificación, tendrían por blanco de sus aspiraciones y trabajos el rescate de las víctimas del despotismo africano, aprontando de limosnas gruesas sumas de dinero, para saciar la codicia de los bárbaros, ó dándose á sí mismos, si fuese menester, para reemplazar en la dura servidumbre á sus hermanos, cargando gustosos sus cadenas. ¡La fundación de un Instituto religioso! pero ¿cuántos no habían ya brotado del fecundo seno de la Iglesia desde los primeros siglos? Habíalos creado en oriente para cantar las alabanzas del Señor, á la manera de los ángeles, en la libre soledad de los yermos, lejos del bullicio de las ciudades paganas y aun de las cristianas, poco apropiadas para la contemplación de las cosas del cielo: habíalos formado allí mismo para el cultivo de las letras y ciencias sagradas, á fin de oponerlos en clase de apologistas, como atletas de la verdad, á las crecientes invasiones de la herejía. Más adelante la Iglesia se dió á fundar nuevas órdenes religiosas en occidente para contribuir del modo más eficaz á la transformación moral de los pueblos bárbaros; pues, mientras éstos lavaban con baño de sangre la leprosa

faz del antiguo imperio, la Iglesia les oponía sus legiones de monjes como dique contra la barbarie, como antorcha en medio de las sombras, siendo herederos únicos de los tesoros de la ciencia antigua, como lazo indisoluble de la nueva y la vieja civilización.... ¡Institutos religiosos poblaron durante la edad media las universidades y los púlpitos; y, al aparacer las falanges de hermanos mendicantes acaudillados por Domingo de Guzmán y Francisco de Asís, fueron en todas partes la sal de la tierra, la luz del mundo, los heraldos de la Cruz en las naciones recién descubiertas, sus más invictos mártires, como sus más generosos apóstoles!... ¡Institutos religiosos! La Iglesia los ha empleado siempre como instrumentos adecuados para la redención de todas las miserias: ¿qué mucho que ahora los destine de preferencia al rescate material de los cautivos?¹

11. Tenéis, pues, desde luego aceptado por la Iglesia el medio revelado por María. El poder real apoya al eclesiástico con todo el prestigio de los tiempos caballerescos, y el día 10 de agosto de 1218, bajo el pontificado del célebre Gregorio IX, queda fundada la famosa orden, militar y religiosa, de la Bienaventurada Virgen de la Merced para la redención de cautivos. La Iglesia, palpitando de santo orgullo, á vista del lucido escuadrón capitaneado por María, bendice á los hijos del gran Pedro Nolasco; y estos espíritus generosos, vaciados en el molde del sacrificio y templados en la fragua de la caridad, vuelan al socorro de sus hermanos agonizantes, quienes, al verlos llegar á sus fétidas mazmorras, saludan en ellos á

¹ *Balmes*, Protestantismo cap. 44.

sus ángeles de paz. ¿Quién pudiera, cristianos oyentes, trazar siquiera á grandes rasgos la historia nobilísima de esa ínclita Orden Mercedaria, que ha dado durante siete siglos tantos héroes al mundo, tantos santos al cielo, tantos bienhechores á la humanidad? Recordad á Serapio asaeteado; á Pedro Armengol, gran redentor de niños cautivos, colgado de un árbol; á Pascasio degollado; á Ramón Nonato, amordazado cruelmente; á tantas otras ilustres víctimas de la caridad, sacrificadas por el alfange mahometano. Hoy mismo, mudada ya la faz de los tiempos, y no siendo menester practicar la misericordia en la forma primitiva del Instituto, la venerable Orden de la Merced, floreciente aún en Europa y América, adquiere nuevo vigor, en el ejercicio de la caridad, bajo la sabia dirección del auguste Jefe de la Iglesia católica. Pero no dejéis de admirar al mismo tiempo los generosos esfuerzos de los pueblos cristianos, los cuales, alentados siempre por la voz de la Iglesia y el ejemplo de los heroicos Padres Mercedarios, se imponen continuos sacrificios para contribuir con su óbolo á la realización de la Obra redentora. No bastaba la abnegación sublime de unos pocos: era preciso, según el plan ideado por María, el concurso general de todos los cristianos. Para levantar el inmenso edificio no debía desperdiciarse ni una gota de agua ni un grano de arena. ¡Plan no menos admirable por su sencillez que por su prodigiosa eficacia!

12. Concluyamos, hermanos míos, dilatando nuestras esperanzas. Habéis contemplado á la Iglesia, impulsada y sostenida milagrosamente por María, para llevar á cabo, en los siglos que nos precedieron, una de las mayores empresas que registran los anales de la beneficencia humana. Pues bien: iguales hechos está llamada

á realizar en todas las edades. Así lo está probando diariamente en nuestro tiempo. Dondequiera que florece su espíritu, vense con asombro multiplicadas las obras más grandiosas: aquí se ve levantarse una basílica, allí un hospital de incurables, más allá un asilo de huérfanos ó una escuela ó un taller. ¡Árbol de la caridad frondoso, inagotable! ¿Qué sería de la pobre humanidad el día que le negases tus frutos y tu sombra? ¿Podría acaso proveer á sus necesidades y curar todos sus males la equívoca filantropía, la caridad falsificada? Pero no, no faltará jamás entre vosotros esa piadosa hija del cielo, porque lo es del corazón de María y de la verdadera Iglesia. Y mediante el concurso de esa virtud divina, el hombre disfrutará siempre de las preciosas mercedes de María, y sus devotos obtendrán gracias de redención de las miserias de la vida presente y de salvación en la futura. *Así sea.*

SERMÓN DE NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES

(predicado en Medellín [Colombia], septiembre de 1894).

**María, baluarte de la fe, sostén de la esperanza
é incentivo de la caridad.**

Ego mater pulchræ dilectionis et ... agnitionis
et sanctæ Spei. Eccli. 24, 24.

1. Lo que para toda la Iglesia católica es motivo de santo regocijo el día de hoy y despertador de piadosas emociones, eslo muy especialmente para vosotros, amados hermanos de Nuestra Señora de las Mercedes, para vosotros que, en medio de esta religiosa ciudad,

formáis ese importante centro de piedad y buenas obras conocido con el dulce nombre de *Hermandad* de María¹. En efecto, al recordar aquel hecho brillantísimo de la historia eclesiástica en el fecundo siglo XIII, hecho, ó, mejor dicho, cadena de sucesos que no es dado explicar sino por la sobrenatural intervención de la poderosa Reina de los cielos, conviene á saber, la redención y libertad de millares de cautivos, los fervorosos hermanos de María, atónitos á vista de tales maravillas, no pueden menos de sentirse obligados á tributar á su Patrona solemne homenaje de fe, gratitud y acendrado amor. Ellos, haciéndose intérpretes y voceros del sentimiento universal de la Iglesia, bendicen en este día la magnificencia de la piedad divina, aclaman con entusiasmo el poder de la Virgen potentísima, y sienten con tal motivo afianzarse más y más su filial confianza, y encenderse más la llama de la caridad fraternal en sus devotos corazones. ¿No son éstos los afectos de que rebosan los hermanos de Nuestra Señora de las Mercedes en estos días en que con tanta solemnidad celebran las fiestas de su excelsa Patrona?

2. Pues no pueden ser otros, mis amados oyentes, los frutos bien sazonados de la verdadera devoción á María Santísima, *frutos de honor y de virtud*², que esta festividad está destinada á hacer germinar en el corazón del pueblo cristiano. Tal es, en efecto, ó tal debe ser el carácter de la devoción á la santa Madre de Dios, la fecundidad en frutos de santificación para las almas;

¹ La Hermandad de las Mercedes erigida en la Iglesia de San Benito de la ciudad de Medellín, celebra anualmente su fiesta con solemnes cultos durante cinco ó seis días consecutivos.

² Eccl. in Lit. lauret.